

AITÍAS

REVISTA DE ESTUDIOS FILOSÓFICOS

Volúmen 1 Número 1 Enero - Junio 2021 ISSN en trámite

<http://aitias.uanl.mx/>



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Centro de estudios humanísticos

Aitías

Revista de Estudios Filosóficos

<http://aitias.uanl.mx/>

SOBRE LA RESPONSABILIDAD FILOSÓFICA.
CONOCIMIENTO Y ETHOS

ON PHILOSOPHICAL RESPONSIBILITY.
KNOWLEDGE AND ETHOS

María Esperanza Rodríguez Zaragoza

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-8659-6188>

Universidad Nacional Autónoma de México

Editor: José Luis Cisneros Arellano Dr., Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey Nuevo León, México.

Copyright: © 2021, Rodríguez Zaragoza María Esperanza. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.

DOI: <https://doi.org/10.29105/aitias1.1-5>

Recepción: 30 de noviembre de 2020

Aceptación: 05 de enero de 2021

Email: yorita_zarago@yahoo.com.mx

SOBRE LA RESPONSABILIDAD FILOSÓFICA. CONOCIMIENTO Y ETHOS

ON PHILOSOPHICAL RESPONSIBILITY. KNOWLEDGE AND ETHOS

María Esperanza Rodríguez Zaragoza¹

Resumen: El ejercicio de la profesión filosófica conlleva una responsabilidad cuyo fin último puede traducirse en la procuración del bien común. El amante de la Sabiduría se compromete a ejercer su profesión a partir de la integración de la razón y el corazón por medio del amor. Replantearse el ejercicio de la profesión de la Filosofía para responder a las necesidades que este contexto extraordinario demanda, es un acto de responsabilidad hacia uno mismo y hacia los demás.

Palabras clave: responsabilidad, *ethos*, conocimiento, filosofía, amor.

¹ * Doctora en Filosofía por la UNAM. Estudió Filosofía en la FES Acatlán; posteriormente hizo su posgrado en la FFyL y el IIF; sus áreas de interés en el estudio son la Lógica, la Filosofía del Lenguaje, la Epistemología, la Metafísica y la Teología. Ha sido profesora de las Licenciaturas en Filosofía, Pedagogía y Mac en la FES Acatlán; también ha impartido clases en el Agustiniانو Instituto Filosófico-Teológico.

Abstract: The exercise of the philosophical profession entails a responsibility with an ultimate goal that can be translated as the concern for the common good. Those who love wisdom are committed to practice their profession using the integration of reason and heart through love. To reassess the practice of the Philosophical Profession in order to answer to the necessities that this extraordinary context demands is an act of responsibility to oneself and to others.

Keywords: responsibility, *ethos*, knowledge, philosophy, love.

Introducción

EL PRESENTE ESCRITO ES RESULTADO DE AÑOS de reflexión sobre lo que significa ser filósofa y el ejercicio de la Filosofía como profesión. Estoy convencida que la Filosofía es una forma de vida que nos ayuda a bien vivir. La situación en la que nos encontramos como humanidad, nos ha exigido replantearnos qué es lo realmente importante en nuestras vidas.

Es impresionante como algo tan pequeño como un virus –SARS-Cov2– ha frenado la inercia caótica de un mundo deshumanizado lleno de seres humanos. Aquellos más privilegiados nos hemos confinado a nuestros espacios personales, algunos en soledad, otros con la familia, otros tantos en hacinamiento. La pandemia nos ha forzado a convivir con nosotros mismos y con los demás; nos ha hecho poner en perspectiva qué hacemos, quiénes somos y hacia dónde vamos; y, lo más brutal, nos ha hecho conscientes de nuestra mortalidad y lo efímero que es nuestro paso por la vida.

En otras palabras, la pandemia logró lo que la Filosofía no ha podido hacer en más de dos mil quinientos años: una reflexión masiva de quiénes somos desde un nivel individual y un nivel colectivo. Así mismo, la pandemia explicitó que el gran problema de la humanidad es que los seres humanos no sabemos ni queremos hacernos responsables de nuestras decisiones y de nuestras acciones. Nos ha cortado la posibilidad de seguir culpando al otro, al gobierno, a los dioses, al contexto, por lo que me ocurre y por lo que soy; nos quitó la comodidad de la irresponsabilidad con la que nos conducíamos en la cotidianidad.

Los amantes de la Sabiduría no hemos sido la excepción. Se evidenció cómo cumplimos con las responsabilidades que nos exige nuestra profesión, algunos las cumplen con excelencia, otros mediocrementemente y los menos inútilmente.

Salió a la luz, de igual modo, la necesidad que tenemos del otro(a); el impedimento social vino a trastocar nuestra realidad de una manera única.

Así pues, el presente escrito trata de reflexionar acerca de la responsabilidad que implica la profesión de la Filosofía; se trata de replantear nuestro papel, para responder a este tiempo extraordinario del mejor modo posible. Si en algún punto se ha perdido el camino, hay que recuperarlo, replantearnos el ejercicio de nuestra profesión, para encaminarla hacia un bien colectivo. La lección más importante de esta pandemia es que sin el otro(a) yo y mi hacer no tienen sentido alguno. Es hora pues, que los filósofos(as) volvamos a rescatar la importancia de ser y estar en colectividad, que volvamos a retomar nuestro *ethos* y lo redefinamos en el ejercicio de nuestra profesión.

En las siguientes líneas, primero delimitaré lo que entenderé por *ethos*, ya que, esta noción será la que defina el fin de la profesión de la Filosofía. Posteriormente, al analizar en lo que consiste esta profesión hablaré sobre tres tipos de amores para poder decidir cuál es el que caracteriza más precisamente el papel del filósofo(a) como “amante de la Sabiduría”. Finalmente, se tratará el tema de la responsabilidad de la profesión filosófica, teniendo como pautas de acción dos máximas; “conócete a ti mismo” y “nada en demasía”.

Para la realización del escrito me he basado en mi experiencia personal tanto en el campo académico como en el campo de la investigación, así como en lo que algunos autores sostienen para poder tejer sobre hilos fuertes el *logos* de mi reflexión.

La delimitación del objetivo de la Filosofía: el *ethos*

Lo primero es que delimitemos el significado que tendrá la palabra *ethos* en este artículo. Esto lo haré desde varios ejes, i.e. el material, el relacional y el utilitario.²

El eje material se entiende como aquel contenido del término que se refiere a su alcance extensional; es decir, dentro del mundo, lo que es; la extensión es aquella parcela en donde encontramos los referentes (objetos, relaciones, etc.) del término. En el caso de *ethos*, nos encontramos en el terreno de lo social, es decir, el entramado de relaciones y significaciones que compartimos las personas en un espacio común.

Se entenderá también, que el término *ethos* expresa lo que está relacionado a las costumbres, a la conducta, al hábito, a lo que “se hace” en el día a día. Esta es pues, su relación, nos resta saber su utilidad. Esto último es un poco más difícil de definir, ya que la utilidad al ser un concepto que se da sobre algo que fluye, es poco propensa a delimitarse. No obstante, la maquinaria lógico-semántica sumada a una voluntad obstinada no bajarán los brazos tan fácilmente. Diremos entonces que la utilidad que contiene de la palabra *ethos* tiene que ver con el bien, tanto a un nivel personal como a un nivel colectivo.³

Me aventuraré, pues, a dar una definición parcial y revisable de *ethos* tomando en cuenta los ejes anteriores: *ethos* es el modo en el que yo encamino mi costumbre, mi conducta, mis actos, en fin, lo que hago, en pos de un bien común.

2 No es de mi interés situarme en “aquellos grandes señores” para repetir lo que creemos que quisieron decir con este término; ni iniciar una disertación filológica, filosófica o política acerca de este.

3 Esto se irá clarificando a lo largo del escrito, concédeme lector un instante de paciencia.

Sobre la profesión de la Filosofía

En esta sección no se pretende definir ni categorizar de manera absoluta en lo que consiste la profesión del(a) filósofo(a); tampoco se pretende definir qué sea la Filosofía más que ese amor (desinteresado) por la Sabiduría. Lo que se pretende, más bien, es señalar algunos puntos que deben tenerse en mente a la hora de “profesar la profesión” que, en nuestro caso, es la de ser “amantes de la Sabiduría”.

La profesión de ser amante implica un continuo en la acción de amar. El (la) filósofo(a) permanece amando, así pues, la Filosofía es el medio del amor del(a) filósofo(a). Es la actitud de permanencia en el amor que tiende hacia su objeto: la Sabiduría. De esto puede concluirse que la Filosofía no es un fin en sí mismo, sino un medio, un camino. Así, el(la) filósofo(a) es amante del fin del camino y del camino mismo.

Entonces ¿en qué consiste la profesión del(a) filósofo(a)? en amar. Nótese que la profesión no es el conocimiento, no es volverse un(a) erudito(a) inalcanzable, sino un sabio. Esto tiene sentido ya que el conocimiento no es una cosa acabada. Nada en Filosofía tiene un punto final. Ahora bien, sólo hay que agregar que el amor por la sabiduría no tiene como motor u origen un utilitarismo material capitalista. Así pues, lo primero es que entendamos cómo es que podemos ser unos buenos amantes de la Sabiduría y para ello hay que hablar del amor. A continuación, expongo tres tipos de amores.

Los tres amores

El primer tipo de amor es un amor unidireccional entre nosotros y el objeto amado. Nosotros *amamos* “algo” y esto no es garantía de que ese “algo” nos ame, por ejemplo: el

amor que se tiene hacia la pareja. Yo amo a Juanita, pero esto no es garantía de que Juanita me ame. Primeramente, notemos que todo amor implica una disposición especial del alma, si mi alma no está dispuesta yo no puedo amar a Juanita. Ahora bien, ¿en qué consiste este *disponer el alma*? En principio, parecer ser que esta disposición ocurre instantáneamente en cuanto yo tengo noticia del objeto amado. La afección que provoca este objeto en el alma es profunda y total. Empero, el alma no se satisface con esto, busca, procura y en cierto modo quiere poseer aquello que causa su amor. De ahí que el alma dispuesta a amar sea un alma inquieta.

Debido a esta inclinación, a este *eros*, mis decisiones y por ende mis acciones, estarán encaminadas a la procuración del objeto amado. Nada de lo anterior tendrá injerencia o será garantía para que este amor se vuelva recíproco. Vemos, pues, cómo la disposición del alma sumada a una decisión posterior es el motor de este amor.

Merece la pena hacer un paréntesis aquí, ya que debemos preguntarnos si en alguno de estos puntos es posible la libertad, pues si un amor no es libre no es un amor bueno. Tal parece que en la disposición del alma y la inclinación que ésta tiene hacia su objeto amado, no podemos encontrar libertad alguna. Esto se debe a que la preparación del alma hacia el amor es un acto simple e inmediato. No obstante, en lo que sigue a esto, parece ser que sí puede haber libertad, ya que el terreno en el que la libertad se da es la decisión. De la decisión deviene la acción, la primera debe de ser libre para que así lo sea la segunda; por el momento sólo apuntaré que: el que es libre es el que decide por sí mismo.

Resumiendo, tenemos que este primer tipo de amor es una relación en una sola dirección en la que está involucrada una tendencia, una inclinación hacia el objeto amado que

es simple e inmediata, que devendrá en la procuración (mediante la decisión y la acción) de este.

Por otro lado, tenemos el segundo tipo de amor que es bidireccional, esto es, se da en dos direcciones: nosotros amamos a nuestro objeto amado y éste a su vez nos ama. Aquí sí encontramos reciprocidad en la relación. Podemos decir que esta relación correspondida entre mí y mi objeto amado es “simétrica”, en tanto el amor va y viene, aunque el modo en que amo y el modo en que me aman es distinto.

Puede ejemplificarse este tipo de amor en la amistad, que es, en palabras de San Agustín, el tipo de amor más perfecto. Yo no puedo ser amigo(a) de alguien que no me ame como su amigo(a). Aquí la disposición del alma para este tipo de amor parece resultado de una acción un poco más tardía y compleja. Todos hemos tenido noticia de nuestros amigos(as) antes de que nuestra amistad surgiera. Entonces, este tipo de amor surge *a posteriori*, faltaría preguntarnos si es simple o complejo. Pensemos en nuestros amigos(as). Parece ser que la experiencia y las similitudes compartidas son lo que germina, o hace posible, la amistad entre dos personas; preparan el alma para el amor compartido.

Ahora bien, ¿podemos decir que somos libres de elegir a nuestras amistades? Aparentemente sí. Vemos que en este segundo tipo de amor la decisión y las acciones son las que posibilitan el desarrollo de este amor, a diferencia del primer tipo de amor que sucede a la inversa. Otra diferencia con este primero es que, al ser una construcción el amor bidireccional, no podemos caracterizarlo como una tendencia o inclinación, sino que, más bien, se intuye un equilibrio. Si la decisión y las acciones son condición de posibilidad de este tipo de amor, entonces, desde su origen, hay libertad.

Finalmente, tenemos el tercer tipo de amor al que denominaré pluriamor (a falta de un mejor término). El pluriamor implica distintos tipos de relación a la vez. La primera de ellas es reflexiva. El amante direcciona el amor hacia sí mismo. Esta relación implica un grado suficiente de autognosis, ya que, de lo contrario, no podríamos ni sabríamos direccionar este amor correctamente. La reflexividad es necesaria ya que delimita e identifica los puntos de conexión del amor. Luego viene el amor bicondicional que ya describimos, la relación “simétrica” que va de mí hacia el objeto amado y viceversa. La diferencia aquí es que tanto al amor reflexivo como al amor simétrico se le añade una relación causal. Esta “relación” la definiremos como de necesidad causal, ya que es condición de posibilidad de las dos anteriores.

Poniéndolo en términos aristotélicos, es causa eficiente y causa final de estas. Es el piso, lo que sostiene el amor del amante y del objeto amado, pero también es la finalidad de ese amor. Es ella misma, amor. Entonces, al ser principio y fin del amor hace que los otros dos amores puedan proyectarse e ir más allá de lo que en un principio son.

Hagamos otro paréntesis. Hasta aquí hemos visto que el amor puede dirigirse a uno mismo, al otro y a las cosas. Resta saber cuándo este amor es bueno y cuándo no. Para ello, retomo lo que dice San Agustín: “La voluntad recta es buen amor y la voluntad perversa es mal amor”.⁴ Así pues, la bondad o maldad reside en la voluntad del hombre, y, como se ha visto, el amor va acompañado de la decisión y de la acción, que es en dónde el hombre tendrá que encaminarse hacia el bien para que el amor pueda prevalecer y ser bueno.

4 San Agustín, “El desorden de las pasiones, pena del pecado,” en *La Ciudad de Dios* (Madrid: BAC, 1995), 14.7.398.

Volviendo al pluriamor, tenemos que esta condición causal y necesaria hace trascender el amor. Posibilita que el amor que se tiene hacia uno mismo sea un amor correctamente encaminado, esto es, hacia nuestro bien-estar. Sin el amor como causa, la autognosis no tiene sentido, ya que el hombre se amaría a sí mismo desde él mismo, y esto es su propia limitación. Al contrario, el amarse a uno mismo a partir de este amor y con miras a este amor trascendente, implica que el ser humano pueda ir más allá de sus propios límites.

Así mismo, el amor simétrico entre dos personas se fortalece y va más allá debido a esta relación causal. Y es así su verdadera naturaleza, sin límites, sin finitudes ni confinamientos. Limitar al amor es negar su esencia, su fuerza creadora. Esto me hace recordar el amor que María Zambrano caracteriza en *El Hombre y lo Divino*, donde el Amor y el Silencio son testigos de la creación y el amor es esta primera fuerza creadora que da orden y permanencia.⁵ Veamos lo que ocurre con aquel o aquella cuya profesión es el amor.

El amante de la Sabiduría

Ahora bien, ¿qué tipo de amor se da entre el filósofo y la Sabiduría? Si pensamos que es del primer tipo de amor, parecería que la Filosofía es el fin mismo del amor del(a) filósofo(a). Pero, si revisamos nuestra historia, no encontraremos personaje alguno que haya quedado satisfecho con esto, más bien, vemos que entre más se avanza, profundiza y devela, la ansiedad crece. El (la) filósofo(a) grita, gime, añora, busca y exige que se sacie su sed. Y, desde este amor unidireccional no encontramos respuesta o garantía de respuesta, es más ni siquiera encontramos silencio. Por tanto, descartaremos que el amor entre el(la) filósofo(a) y la Sabiduría sea de este tipo.

⁵ Cf. María Zambrano, “Disputa entre Filosofía y Poesía,” en *El hombre y lo divino*, 2ª ed. (México: FCE, 1973).

Si caracterizamos la relación entre el (la) filósofo(a) y la Sabiduría como el segundo tipo de amor, seguimos encontrándonos ante un amor limitado. La relación se da entre dos objetos, pero la relación es finita, no trascendente. En un primer instante, el filósofo(a) se aboca a su objeto, pero el resultado que consigue es un remedo de saberes; lo alcanzado sacia la sed del filósofo(a) momentáneamente, pero no es suficiente. Además, como ya se apuntó líneas arriba, la Filosofía es el medio, es el camino, no el fin en sí mismo; no obstante, no podemos negar que nos deleitemos del camino.

El deleite está en todo lo que vamos aprehendiendo durante el recorrido: prudencia, amor propio, razón ejercitada, conocimiento y en el mejor de los casos humildad. Pero aún con todo, esto es limitado, es sólo una parte de lo que es. Además, está de paso, atado a una temporalidad y discreción efímera; siguen siendo medios y no la finalidad. Ergo, tampoco podemos quedarnos en este tipo de amor.

Veamos qué pasa con el tercer tipo de amor: el pluriamor. Vuelvo a traer a colación que el objeto de la Filosofía está más allá de ella misma. Luego, si lo que posibilita la superación del sí mismo es aquello que procura y posibilita todo lo demás, parece ser que tanto el amante: el(la) filósofo(a), como la Sabiduría están inmersos en este tipo de amor. Por un lado, el (la) filósofo(a) ama el camino que es la Filosofía, pero con miras en el fin del mismo camino: la Sabiduría. Tenemos aquí un amor que es encaminado hacia un fin ulterior.

Por otro lado, la Filosofía forma y procura al filósofo(a) para que se encamine a esto que está más allá de ella misma. Aquí podemos constatar la reciprocidad de este amor, además de que, el regreso también busca la trascendencia.

Es así, pues, que la Sabiduría al ser fin del camino, también se vuelve origen del impulso, de la tendencia del amor que va más allá. De tal modo, que aquí la Sabiduría y Amor quedan posibilitados y permanecidos por la misma Sabiduría y Amor. En otras palabras, se identifican y hacen que la relación del amante y su amor trascienda permaneciendo. Es así como se sacia la sed y la búsqueda se vuelve permanencia. Así el amor nos hace comprender sin error. Ya podemos entrever la responsabilidad que conlleva nuestra profesión.

La responsabilidad de la profesión filosófica: El final del camino no es la Sabiduría sino el Amor

Si el ejercicio del filósofo es sobre la base de este Amor trascendente, la razón ya no será el instrumento por excelencia de nuestra profesión. Con esto no quiero decir que no necesitemos de ella o que devenga a menos. La razón funge un papel importantísimo en nuestro quehacer profesional, pero no es la única que debe estar presente en dicho quehacer.

El final del camino, que es nuestro propósito y objetivo como profesionistas de la filosofía se devela con la razón, pero se interioriza y se entiende con el corazón. Así pues, nuestro instrumento de trabajo no sólo es la razón, sino también el corazón. En lo primero hemos hecho grandes avances, incluso hemos logrado establecer las limitaciones de nuestro instrumento, pero, en lo segundo, seguimos estando “en pañales”. Recordando las palabras de San Agustín “manifestando cómo ellos disputaban, no tanto sobre las cosas como sobre las palabras, mostrándose más aficionados a disputar y porfiar ridículamente que a investigar la raíz de la verdad”.⁶

⁶ San Agustín, “El desorden de las pasiones, pena del pecado,” 14.9.401.

Entonces, la razón que es nuestro instrumento, es también nuestro límite si no se encamina lo que esta consigue a la verdad misma, a lo que está al final del camino. Recordemos igualmente la famosa frase de Pascal “El corazón tiene razones que la razón desconoce”.⁷ Si queremos llevar la autognosis a plenitud debemos conocernos íntegramente, esto es, desde la razón y el corazón. De otro modo, estaremos profesando a medias.

Como filósofos(as) no hemos podido conectar el entendimiento con el corazón. Muchas veces reducimos este último a sólo un recurso irracional o pasional, pero la función del corazón va más allá. Pareciera que el filósofo(a) se ha olvidado de esto y ha sido irresponsable al hacerlo. Vivimos las consecuencias irrefutables de que la modernidad, producto del ejercicio intelectual de los(las) filósofos(as), haya pasado el corazón a un papel secundario e irracional. Nos dice Zambrano sobre el hombre moderno: “ha renunciado al amor en provecho del ejercicio de una función orgánica; ha cambiado sus pasiones por complejos, pues no quiere aceptar la herencia divina creyendo librarse, por ello, del sufrimiento, de la pasión que todo lo divino sufre entre nosotros y en nosotros”.⁸

Es menester que retomemos el camino, que profesemos la profesión con razón y corazón. Que nos encaminemos con ambos hacia la Verdad, la Sabiduría, el Amor. Pues “Quien tiene el amor en sus costumbres, posee, pues, tanto lo que está a la vista como lo que está oculto en la palabra divina”.⁹ Razón y corazón deben de ir unidas y complementarse mutuamente en el ejercicio de nuestra profesión. Cualquier

7 Blaise Pascal, *Pensamientos* (Barcelona: Brontes, 2011), 32.

8 María Zambrano, “Para una historia del amor,” en *El hombre y lo divino*, 2ª ed. (México: FCE, 1973), 258.

9 San Agustín, “Sermón 350,” trad. Pío de Luis, consultado noviembre 29, 2020, 2, http://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/discorso_509_testo.htm.

conocimiento no es absoluta y exclusivamente dependiente de la razón. Anterior al movimiento racional debe de estar la disposición del alma para conocer, es decir, el alma debe “querer ver (en sentido amplio)” y esto es un acto que ejecuta el corazón.

El fruto del querer es el creer y sin la creencia no hay conocimiento. Así el origen está en esta “irracionalidad” primera que es condición de posibilidad para nuestra ufana racionalidad. Zambrano lo expresa mejor: “la relación inicial, primaria, del hombre con lo divino no se da en la ‘razón’, sino en el delirio. La razón encauzará el delirio en amor”.¹⁰ Así se evidencia la necesidad del amor, para transformar este estado primigenio a través de la razón para la finalidad de la profesión del filósofo(a).

Si el(la) filósofo(a) decide dar la espalda a esta responsabilidad en el ejercicio de la profesión, será un erudito(a) incompleto(a) que vivirá en negación, que es la vida que se vive en la ausencia del amor.

La finalidad del conocimiento es el ethos

La consecuencia natural de ser el amante de la Sabiduría es encaminar nuestro ejercicio profesional hacia el *ethos*: “el amor es el saludable vínculo de las mentes”.¹¹ Es así como, nuestra responsabilidad evidente es con el otro(a). La finalidad del conocimiento no es salir de la caverna y quedarse contemplando el sol, sino es entrar y ayudar a los demás a salir de esta. Esta es la concreción máxima del amor, el acto de caridad más puro. Si no puedo entender la gran responsabilidad que se tiene con uno mismo y con los demás, mi voluntad no produce un buen amor. Un conocimiento que no se ejerce en

10 María Zambrano, *El hombre y lo divino*, 2ª ed. (México: FCE, 1973), 28.

11 San Agustín, “Sermón 350,” 3.

aras del bien común, no sirve de nada, un conocimiento que no es compartido es estéril.

Retomando la definición que se dio en el primer apartado, se dijo que *ethos* es el modo en el que yo encamino mi costumbre, mi conducta, mis actos, en pos de un bien común. Así pues, la consecuencia de ser amante de la Sabiduría es hacer *ethos*. El conocimiento que se acompaña de razón y corazón aporta frutos de justicia mediante el amor.

Ahora bien, ¿cómo es que podemos lograr esto? Durante varios años, en el Seminario Permanente de Investigación en Filosofía de la Lógica y Filosofía de la Ciencia de la FES Acatlán, reflexionamos e investigamos sobre algunas aplicaciones que podrían tener nuestros saberes y aptitudes de filósofos(as) en otras disciplinas y en otros ámbitos.

Llegamos a la conclusión que he expresado líneas arriba: hacer *ethos*. Pero el *ethos* no es exclusivo del filósofo(a), sino que debe ser la motivación y el fin de todos los seres humanos. Si queremos salir adelante del fracaso de la modernidad, si queremos tener alguna esperanza en nuestra posmodernidad tardía, tenemos que dejar de lado el egoísmo y la individualidad y decantarnos hacia el *ethos*. Es lo propio de nuestra condición humana, y nuestra humanidad necesita volver a humanizarse a través de encaminar todo lo que soy, hacia el bien común. Por tanto, esta es la labor de todo ser humano, pero en especial del filósofo(a), ya que, a diferencia de las demás profesiones y profesionistas, éste se compromete explícitamente a ella. Entonces ¿cómo lograrlo? El trabajo realizado en el Seminario nos llevó a concluir que esto es posible siguiendo dos máximas: “Conócete a ti mismo” y “Nada en demasía”.

“Conócete a ti mismo”

El que no se conoce a sí mismo nada puede conocer realmente. El autoconocimiento es esencial para la vida buena de toda persona. En cada una el proceso, tiempo y modo de autoconocerse será diferente, pero el fin será el mismo: llegar a ser plenamente.

La autognosis es el punto de partida en el camino que es la Filosofía. Muchos(as) filósofos(as)¹² nos han instruido en que el conocimiento de uno mismo comienza con la mirada interior. Para mirar se necesita el órgano que ve: el alma contemplándose a sí misma en su compleción.

Este proceso de recaer sobre uno mismo, de reflexión íntima, requiere de sensatez y valor. Hay que reconocernos limitados, efímeros y vacíos, pero también con posibilidades infinitas y capaces, eternos y con la esperanza puesta en un fin que trasciende. Este proceso durará toda la vida y conforme más bajemos al abismo de nuestro ser, más duradera será la paz que alcanzaremos al volver. Así se encuentra la sanación de lo efímero, llenamos el hueco mortal, con la trascendencia que el Amor nos promete. Así, dice Zambrano, es la tragedia del hombre, en la que la limitación se vuelve motor, donde en la soledad pura, necesaria y fatal, el ser humano se encuentra a sí mismo y, consciente de su ser puede ahora por fin caminar con sentido. Así, el autoconocimiento posibilita el que nos amemos a nosotros mismos tal y como somos.

De igual modo, el autoconocimiento posibilita la libertad, el que decidamos desde nosotros mismos y no a partir de alguien o algo más. Se ha visto que la libertad juega un papel elemental en el ejercicio del amor.

12 Zambrano, San Agustín, Platón, Stein, Pico della Mirandola, etc.

Finalmente, la autognosis implica el reconocimiento del otro(a). En el reconocimiento del otro(a) me reconozco a mí mismo. Si no veo al otro(a) como un yo, si no lo reconozco valioso, difícilmente podré reconocerme. Vemos pues, que el autoconocimiento implica el *ethos*. Recordemos que la voluntad deberá encaminar esto hacia un amor bueno, y esto queda garantizado a través de la fuerte reflexión que este ejercicio implica.

“Nada en demasía”

Esta máxima incluye lo que Aristóteles nos dice acerca del justo medio de las virtudes morales¹³ y un poco más. Esta máxima tiene como finalidad un equilibrio del alma. Poner en armonía el corazón y la razón, encaminándonos hacia el fin que es el amor. Es ejercer la prudencia en cada una de nuestras decisiones y acciones a la par de cumplir con nuestra responsabilidad hacia nosotros mismos y hacia los demás. No implica una inacción o una mediocridad paralizante, sino más bien reflexionar nuestras decisiones teniendo al otro(a) como parámetro.

Si la finalidad del conocimiento es el *ethos*, no puedo actuar sin pensar en el otro(a). Es dejar de ensimismarme en una individualidad hermética y comenzar a comprender mi individualidad a partir de los demás, sean amados o no por mí. Es imposible estar aislado, es irresponsable aislarse. Entonces, hay que comenzar a redefinir la propia concepción del “yo” y abrirla hacia el “yo en otros”. Reflexionemos sobre el siguiente ejemplo: El uso del cubrebocas se hace desde una motivación individualista, me protejo para que el otro no me contagie el virus. Estamos a la defensiva desde nuestra individualidad, no hemos asimilado la lección de la pandemia que es “ver por el otro, siempre”. Sin embargo, el verdadero sentido

13 Cf. Aristóteles, *Ética Nicomaquea* (Ciudad de México: Bibliotheca Scriptorum graecorum et romanorum mexicana, UNAM, 2012), Libro III y IV.

de las medidas de protección es cuidar al otro, esto es “me protejo para no contagiarte”. Actuemos como si estuviéramos contagiados por el virus, si pensamos esto, las medidas de seguridad básica se hacen más evidentes. La pandemia nos ha obligado a avanzar como sociedad, no como individuos y es algo que aún no hemos entendido.

Para finalizar, quisiera apuntar que esta responsabilidad de “hacer *ethos*” desde nuestra profesión no es exclusiva del filósofo. El filósofo se compromete explícitamente a ella, no obstante, es labor de todos y cada uno de nosotros “hacer *ethos*” desde nuestro trabajo, desde nuestra profesión, desde el día a día, encaminar nuestras decisiones y acciones hacia el bien común por medio del amor que trasciende. Porque finalmente, esa es nuestra naturaleza humana que sepultamos en la facilidad de la irresponsabilidad compartida que nos provee el individualismo: si no me pasa a mí, no es mi problema. El tejido social y el tejido ético es inevitable, comencemos, pues, a ser responsables y a ser plenamente a partir de mí mismo y a partir del otro(a) sin miedo a perdernos. El ejercicio del amor en lo que hacemos se traduce en responsabilidad.

Bibliografía

- Alcalá Campos, Raúl. *Controversias conceptuales*. México: UNAM, 2004.
- Aristóteles. *Ética Nicomaquea*. Ciudad de México: Bibliotheca Scriptorum graecorum et romanorum mexicana, UNAM, 2012.
- Pascal, Blaise. *Pensamientos*. Barcelona: Brontes, 2011.
- Pico della Mirandola, Giovanni. *De la dignidad del hombre*. Traducido por Luis Martínez Gómez. Madrid: Editora Nacional, 1984.
- San Agustín. *La Ciudad de Dios*. Madrid: BAC, 1995.
- _____. “El desorden de las pasiones, pena del pecado”. En *La Ciudad de Dios*, 392-419. Madrid: BAC, 1995.
- _____. “Sermón 350”. Traducido por Pío de Luis. Consultado Noviembre 29, 2020. http://www.augustinus.it/spagnolo/discorsi/discorso_509_testo.htm.
- Zambrano, María. *El hombre y lo divino*. 2ª ed. México: FCE, 1973.
- _____. “Disputa entre Filosofía y Poesía”. En *El hombre y lo divino*, 2ª ed., 66-77. México: FCE, 1973.
- _____. “Para una historia del amor”. En *El hombre y lo divino*, 2ª ed., 256-276. México: FCE, 1973.